

DON DIEGO DE NOCHE.

PERSONAS.

EL PRÍNCIPE DE ARAGON. EL CONDE DE URGEL. LEONORA, su hermana.	DON FERNANDO. DON CARLOS, su hijo. LUCINDA, su hermana. DON BERNARDO.	DON DIEGO DE MENDOZA. LOPE, su criado. FEBO, RAMIRO, } criados.	CELIO, LISEO, LUCRECIO, FLORA, criada. } criados.
--	--	--	--

JORNADA PRIMERA.

Salen EL CONDE y DON BERNARDO.

DON BERNARDO.
 Cuando hay segura amistad
 Justamente se confía.

CONDE.
 Con este engaño querría
 Conquistar la voluntad.

DON BERNARDO.
 Si sabes la que te tiene
 El príncipe de Aragon,
 Vanos los engaños son.

CONDE.

Aumentarla me conviene,
 Y si ambicion te parece
 Querer agora aumentalla,
 Por lo menos conservalla
 Justa disculpa merece;
 No da al capitán la gloria
 Don Bernardo, el conquistar,
 Sino es saber conservar
 La gloria de la victoria;
 Quiéreme el Príncipe bien,
 Pero con esta ocasion
 Conservaré la opinion
 Y la esperanza tambien;
 De la industria no te espantes,
 Que el amor, donde hay poder,
 Como el mal, suele tener
 Sus crecientes y menguantes;
 El quiere perdidamente
 A Lucinda de Aragon;
 No es casamiento, aunque son
 Deudos; porque no es decente
 Que dentro del reino case,
 Que en lo demás le igualára;
 Ella, que en su honor repara,
 De que se hiele ó se abra
 Tiene muy poco cuidado,
 Y así el Príncipe, celoso,
 Ronda esta calle, animoso,
 De que ha de hallar confiado
 La causa por qué la deja.

DON BERNARDO.

¿Y hay causa?

CONDE.

De ajeno amor
 Ninguna, sólo su honor
 Este desden le aconseja;
 Con esto, tengo pensado
 Fingir que hay causa, por quien
 Le deja, y hacer tambien
 Que fueses tú disfrazado
 Quien le salga á acuchillar
 Con dos criados leales,
 Pues que tú los tendrás tales,
 Que esto les puedas fiar;
 Yo, que escondido estaré,
 Saldré á ponerme á su lado;
 Huireis todos, con cuidado

De que el Príncipe me dé
 Por autor de aquella hazaña,
 Y por cuya valentía
 En la confianza mia,
 Pues en esto á nadie engaña,
 Ponga su amor y secreto,
 Y llegue yo á tal lugar,
 Que venga Aragon á estar
 A mis intentos sujeto;
 Que el que tuviere con él,
 Ese tendrás tú conmigo.

DON BERNARDO.

Tú sabes que soy tu amigo,
 Y que te he sido fiel;
 De tu intento, Conde, estoy
 Advertido; dos criados
 Tengo leales y honrados
 De quien deudo y dueño soy,
 A quien daré de esto parte.

CONDE.

Pues parte y diles mi intento,
 Y como es mi pensamiento,
 Bernardo, alcanzar por arte
 Lo que niega la fortuna.

DON BERNARDO.

¿A qué hora viene aquí?

CONDE.

Él suele decirme á mi
 Que entre las doce y la una.

DON BERNARDO.

Yo voy.

CONDE.

El cielo te guie.

DON BERNARDO.

Tu dicha el cielo previene.

CONDE.

¡Dichoso el hombre que tiene
 Un hombre de quien se fie!

Salen EL CONDE, EL PRÍNCIPE
 y CELIO.

PRÍNCIPE.

Vete, Celio, que se enoja
 Lucinda de que á su puerta
 Venga con gente.

CELIO.

Ella acierta;
 Porque lo que más despoja
 A una dama de su fama,
 Es publicar sus amores
 El galán.

PRÍNCIPE.

Pocos favores
 Publicaré de mi dama.

CELIO.

No estaré léjos de aquí,
 Por si llama vuestra Alteza.

PRÍNCIPE.

Desden con tanta belleza,
 ¿Qué quieres hacer de mí?

¡Ay ventanas! cuando os veis
 Del sol puertas de zafiros,
 Si de mil dulces suspiros
 Las rejas enternecéis,
 ¿Por qué no decís que veis
 Mis ojos hechos aurora?
 Pues ella por verle llora,
 Y ellos, al contrario, al cielo
 Hasta que rompiendo el velo,
 Los piés de la noche dora;
 Huya de mi sol Lucinda
 Esta noche artificial,
 Que la noche natural

No quiero que se le rinda;
 Que su luz hermosa y linda
 No saldrá, si coronado
 De luz sale el sol prestado
 Al cielo desde sus ojos,
 Donde yace por despojos
 La noche de mi cuidado.

¿De qué me sirve el poder,
 Si no puedo lo que quiero,
 Y en lo que quiero no espero
 Que pueda más de querer?
 Mas si querer es hacer
 Lo más que puede el valor,
 Yo quiero que tu rigor
 Pueda en mí lo que quisiere,
 Pues harto puede quien quiere
 Sufrir cuanto puede amor.

CONDE. (Ap.)

Notables quejas, suaves
 Suspiros, lástima es ver
 Que tenga amor tal poder
 Hasta en los hombres más graves;
 Lucinda sale, yo quiero
 Esconderme hasta que venga
 Don Bernardo, porque tenga
 Principio el favor que espero;
 Que al ingenio muchas veces
 Se ha rendido la fortuna.

PRÍNCIPE.

Los márcos dan luz alguna.
 ¡Ay dulce sol, si amaneces!

Salen EL PRÍNCIPE y LUCINDA.

LUCINDA.

¿Es vuestra Alteza?

PRÍNCIPE.

Yo soy,
 Y no me llames así,
 Que ya no hay alteza en mí
 Despues que á tus piés estoy.

LUCINDA.

¿Quién viene con vos?

PRÍNCIPE.

Señora,
 El elemento del fuego,
 Un niño, un gigante, un ciego,
 Un Argos que vela agora;
 Una salamandra ardiente,
 Un áspid entre las flores,

Que es sobre varias colores
Camaleon trasparente;
Un Fenix que muere y nace
De sí mismo, una sirena
Que canta y mata, una pena
Que atormenta y satisface,
Un animoso temor;
Pero puesto que os asombre,
Si quereis saber su nombre,
Sabed que se llama amor.

LUCINDA.

Bien pareceis, gran Señor,
Pues aunque os tengo avisado,
Venis tan acompañado.

PRÍNCIPE.

Pues con todo cuanto os digo,
Vengo tan solo, que sigo
La sombra de mi cuidado,
Que de mi amor los efectos
Son interior compañía,
Aunque á tenerla de día
Los reyes están sujetos.

LUCINDA.

¿Pues es de día?

PRÍNCIPE.

En secretos
Rayos del sol para mí,
Que en vuestros ojos le vi.

LUCINDA.

¿En fin, estais solo?

PRÍNCIPE.

Amor
Está conmigo.
Mi honor
Me obliga que os hable así.

Salen DON DIEGO y LOPE, de camino.

DON DIEGO.

Las postas fué muy bien hecho
Que á la puerta se quedasen.

LOPE.

Sí, pero no que llegasen
A las horas que sospecho.

DON DIEGO.

¿En qué lo ves?

LOPE.

En no ver
Tienda abierta en Zaragoza,
Mesa de huésped ni moza.
No sé qué habemos de hacer,
Que no me está bien llegar
Con alboroto.

LOPE.

No siento
Lo que es el alojamiento;
Pero quisiera alojar
La panza si hubiera dónde.

DON DIEGO.

Eso es imposible ya.

LOPE.

La noche ¿qué no podrá?
Todo lo encierra y lo esconde.

DON DIEGO.

Llaman ausencia del día
A la noche.

LOPE.

Bien dijeron,
Pues sus sombras se atrevieron
A la falta que él hacia.

DON DIEGO.

El silencio y soledad
De la noche son efectos.

LOPE.

Pasteleros recoletos
Son los de aquesta ciudad;
Sustento tan socorrido
No se habia de esconder
Hasta el alba.

DON DIEGO.

Si comer
Quieres de lo que he traído,
Lope, aquí en la faltriquera,
Eso puedo darte.

LOPE.

¿Y es?

DON DIEGO.

Confites.
No me los des;
¿Pesar de un pié de ternera
Con un ajo castellano!
¿Yo confites? ¿Soy ardilla?
¿Yo confites? ¿Soy ardilla?

DON DIEGO.

Mira que son de Castilla.
¿Oh confitero inhumano!
Cómalos un gran señor
Después de treinta capones
Por quitar imperfecciones
Al gusto con limpio olor.

DON DIEGO.

Lo dulce es muy alabado.
Pues que lo coma el Sofí;
Un capitán conoci
Que no recibió soldado
Que supiese que en su vida
Comió confites.

DON DIEGO.

¿Por qué?
Porque se sabe que fué
Siempre superflua comida,
Femenil y delicada,
Y un soldado ha de comer
Sierpes, y á falta, morder
Las manzanas de la espada.

DON DIEGO.

Hartos veo y hartos honrados
Que porque espadas no tienen
No las comen.

LOPE.

Esos vienen
Con servicios desdichados;
Pero cuando el tiempo es tal
Aunque en dichosos imperios,
Que coman de monasterios
Tengo por mala señal;
Algunos hombres dejaron
En testamentos que hicieron
Raciones con que vivieron
A perros con quien cazaron;
Soldado has sido no más,
Durmámos, si hay dónde.

DON DIEGO.

Aquí
Hay un portal.
Yo por tí
Me pesa, que en fin estás
A buena cama enseñado;
Yo, medio galgo y medio hombre,
Tengo diez de gentil hombre
Y en pié me duermo arrimado.
(Arrimados don Diego y Lope.)

Salen DON BERNARDO, RAMIRO
y FEBO.

DON BERNARDO.

Cuando os hiciere señal,
Los dos acometeréis;
Y mirar que le apreteis,
Pero con destreza tal,
Que jamás le toque espada.

RAMIRO.

Deja el cuidado á los dos.

LOPE.

Moscones andan por Dios.

DON DIEGO.

Duerme, y no pienses en nada.

LOPE.

Matéle.

DON DIEGO.

No hagas ruido.

LOPE.

Es con el diablo.

DON DIEGO.

Callar.

LOPE.

Moscones, ir á picar
Un hombre que haya comido.

FEBO.

¿Qué aguardas?

DON BERNARDO.

A que se vea
El Conde, que ha de llegar
A defenderle.

LOPE.

Picar

Con el diablo. ¿Soy jalea?
¿Soy pastel? ¿Soy manjar blanco?
¿Soy pierna de pobre?

DON DIEGO.

Advierte

LOPE.

De esa suerte

LUCINDA.

Gente suena, y no es razón

Que sepan con quién habláis.

PRÍNCIPE.

¿Celos del temor me dais?

LUCINDA.

No hay burlas con la opinión. (Vase.)

FEBO.

Gente he sentido, sin duda

Es el Conde.

DON BERNARDO.

Meter mano.

(Pónense máscaras.)

PRÍNCIPE.

No me recelaba en vano;

Si aquí el valor no me ayuda,

Traidores me han de acabar,

Que son traidores los celos.

DON BERNARDO.

Mátarle, llegad.

DON DIEGO.

¡Ay cielos!

PRÍNCIPE.

Nadie se dejó matar.

DON DIEGO.

Y más teniendo á su lado

Un hombre de bien.

LOPE.

Y áun dos.

FEBO.

De veras riñen, por Dios.

DON BERNARDO.

El Conde nos ha engañado.

(Huyen los tres del Príncipe y de don Diego.)

Salen EL PRÍNCIPE, DON DIEGO,
LOPE y EL CONDE.

CONDE.

¿Qué es esto? ¿Sin que yo venido hu-
Al Príncipe acomete don Bernardo!

PRÍNCIPE.

Dejadlos, caballero, que me importa
No ser en esta calle conocido.

CONDE. (Ap.)

Gente sin duda el Príncipe ha traído.

DON DIEGO.

Haré lo que mandais, pues ya sospecho
Que de alguna persona el honor causa
Que no acabeis la comenzada empresa.

CONDE.

Erré el suceso. ¿Oh industria, cuántas
Resultas en más daño de tu dueño!
Volverme quiero, que será mi muerte
Si me reconociesen en la calle.

PRÍNCIPE.

A lo que muestra el hábito y el talle,
Pareceis forastero, caballero.

DON DIEGO.

En este punto llego á Zaragoza,
Y fué dicha llegar en este punto,
Porque sin duda os matan si no llego.

PRÍNCIPE.

Téngolo por sin duda, que soy hombre
Que sin resolucion tan atrevida
No vinieran con máscaras de celos;
Yo sirvo en esta calle á cierta dama
Que su desden encubre con su fama;
No corresponde á mis obligaciones
Que dice que no quiere en opiniones
Su honor; y para mi miente, pues veo
Que el dueño, como veis, de su deseo
Viene á matarme, siendo yo; ¿qué dudo
De hablar con vos, á quien la vida debo?
Siendo el Príncipe yo.

DON DIEGO.

Dábame el alma
Mil señas del valor de vuestra Alteza,
Que las tinieblas de la oscura noche
Querian encubrir á mi ignorancia;
Dadme esos piés mil veces.

PRÍNCIPE.

Con los brazos
Honrar es justo los valientes vuestros;
Ya que sabeis quien soy, y que os pro-

[meto]

No ser ingrato á beneficio tanto,
Decidme vos quien sois.

DON DIEGO.

Si vuestra Alteza
La palabra me da de no decirlo
Hasta que estén mis cosas en estado
Que puedan dar la cara descubierta,
Sabrá quien soy y mis desdichas.

PRÍNCIPE.

Digo
Que con la obligacion de vuestro amigo
Si la de ser quien soy no basta, juro
De tener en secreto vuestro nombre.

DON DIEGO.

Pues en tan justa confianza, oidme.

PRÍNCIPE.

Imitaré la noche en el silencio.

LOPE.

[dido] Y yo entre tanto en este umbral ten-
Quiero probar que un hombre que ha
[corrido]

La posta, y llega el parche desollado
Puede dormirse sin haber cenado.

DON DIEGO.

Heroico Príncipe, en quien
El alto cielo atesora
Las grandezas y virtudes
Que un real sugeto adornan;
Vos, que habeis de dar más nombre
Y excelencia más famosa
A la casa de Aragón
Que sus insignes victorias;
Sabed, que para serviros
Soy don Diego de Mendoza,
Deudo de familia ilustre,
De la banda verde y roja;
De la montaña á Castilla
Vine con edad tan poca,
Que fui menino del Rey
Que hoy con su llave me honra;
Fué mi ejercicio la caza
Gran tiempo, y en las frondosas
Selvas mi vida más libre
Que el viento, rey de las ondas;
Allí las aves andaban
De mis tiros temerosas,
Y las fieras de mis armas
Trepando las altas rocas;
En la orilla del Pisuerga
Pasaba las tristes horas
De los juveniles días
Que la mejor sangre gozan;
Otras veces á la espada
Negra, acompañada ó sola,
Enseñaba el fuerte brazo,
Que tanto al que es noble importa;
Vineme á hacer tan robusto,
Que no volviera pelota
Que yo sacara Roldan:
Así volaba furiosa;
Pues en las cañas la mía
De manera el aire azota,
Que la tuvieran por ave
Las celestes claraboyas;
En la arrugada cerviz
De los toros de Zamora
Vió Valladolid mil veces
Cuchilladas tan airosas
Que las arenas sangrientas
Alcanzaron con la boca
Como otras veces la yerba
Del Duero en la verde alfombra;
No sabia en este tiempo
Si amor era pena ó gloria,
Si era alegría ó tristeza,
Si era descanso ó congoja,
Si era voluntad ó fuerza,
Si era antídoto ó ponzoña,
Si era enemigo ó amigo,
Si era fabula ó historia;
Pero por tomar venganza,
Si de los libres la toma,
Previno el arco, imitando
La que á ninguno perdona:
Nació un Príncipe en Castilla,
En cuyas fiestas dichas
Una sortija mantuvo
El claro marqués de Astorga;
Salió galán de encarnado,
Con mil armiños por orla,
Todo el campo del vestido
Narcisos de plata bordan;
Blanco un hermoso caballo
Que de la clin á la cola
Pienso que estuvo del arte
Naturaleza envidiosa;
Llamábase Pensamiento,
Nombre que su intento abona,

Porque en la color y el vuelo
Pensó que era garza hermosa.
Dábanle mayor belleza,
Aunque era extremo de todas,
Guarniciones encarnadas
Llenas de perlas y aljófar.
Llevé en un dorado carro
Con una palma y corona
A la libertad triunfando
Del amor, las flechas rotas.
Atados iban los celos
Con la ausencia peligrosa,
El desprecio y el desden
Con grillos y con esposas.
Ganéle al mantenedor
Por mejor lanza una joya;
Dila á una dama del Rey
De la casa de Cardona;
Agradeciome otro día
El servicio, y de una y otra
Palabra fué amor trazando
Su venganza rigorosa.
Tracé escribirla un papel,
No porque el amor le nota,
Mas por parecer discreto,
Que hay arrogancias en prosa.
Respondiome y fué creciendo
La amistad, hasta que toda
El alma, hasta allí cobarde,
En el mar de amor se engolfa.
Apénas vine á quererla,
Cuando de ella se enamora
Nuño de Zúñiga, un hombre
De grande y gentil persona,
Trece del Orden ilustre
De la insigne espada roja,
Hombre estudioso en la guerra,
Pirro en Grecia, Héctor en Troya.
Los celos que llevé á todos,
El amor desaprisionan
Tanto, que estuve á sus piés.
Así se truecan las cosas.
Cayósele del marfil
De la mano á esta señora
En un jardín cierto día
Un guante cogiendo rosas.
Corrimos juntos yo y Nuño
A alzarle; su furia loca
Fué tal, que me derribó
Sobre una fuente, que agora
No mormurará de mí,
Como á ver el campo corra,
Adonde sus vidrios puros
Troció por sangrientas olas.
El Rey volvió la cabeza,
La risa le fué forzosa,
Los deudos se alborotaron,
Sólo amor no se alborota.
Fuime, y escribíle á Nuño,
Que le espero á las diez horas
En el prado de la Santa,
Que á serlo á tantas provoca.
Vino Nuño y vino solo,
Y apénas miró mi sombra,
Cuando sacando la espada
La capa en el brazo dobla.
Contarte aquesta pependencia,
Era aguardar que la aurora
Se hallase donde te cubres
De la noche perezosa.
Basta saber que á los brazos
Llegamos, porque socorra
Mi honor, derribando á Nuño,
Caida tan afrentosa.
Maté á Nuño con la daga,
Por donde faltó una cota
Que traía, y con mis celos
Murio también mi deshonra.
Por tomar mi capa entonces,
Tomé la suya; responda
Por mi turbacion el caso,
Donde más ánimo sobra.

Fuíme á la cena del Rey,
Por disimular; mas viola
Con la cruz dos ó tres veces:
Yo, por ver que mira y nota,
Bajo los ojos, y veo
La capa de Nuño, y gotas
De sangre por muchas partes;
Y allí la cruz, de la forma
Que en las esquinas la ponen
Para trágica memoria
En letras que de ella informan:
«Aquí mataron á un hombre»,
Que era probanza notoria.
Viendo la inquietud del Rey,
Con turbacion vergonzosa
Cubri la cruz á las hachas
Que ya alumbraban todas:
Y antes que el Rey se acostase,
Camino de Zaragoza
Tomé la posta, que salva
Mejor que el ruego la posta.
Llegué donde tengo á dicha
Que á un mismo tiempo conozcas,
Mi historia de mis palabras,
Y mi valor de mis obras.

PRÍNCIPE.
Don Diego, no pudiera encarecerte,
Si no pensara ser agradecido,
El gusto que me ha dado conocerte
Y el ver que á nuestro reino hayas ve-

ido;
Mi obligacion de esta verdad te advier-
te,
Y el ser quien soy; y así, te ruego y
pido

Vengas conmigo, que es gastar razones
Principios de negar obligaciones.
Dos hijos tendrá el Rey, y yo un herma-

no.
Señor, perdonaréis mi atrevimiento,
Que aquí no he de ser visto de hombre
humano,
Porque me importa cierto pensamiento.

PRÍNCIPE.
¿Qué dices?

DON DIEGO.
Que me deis, Señor, la mano;
Porque en amaneciendo, daré al viento
Velas en postas por el mar airado
De mi temor, que corre más sagrado;
Que aunque es verdad de vos seguro
fuera,

No quiero que los deudos, grandes to-
dos,
De Nuño, busquen la ocasion primera
Para matarme con injustos modos.
Es la venganza bárbara tan fiera,
Que los ejemplos griegos, persas, go-
dos,

Romanos y españoles, con mil voces
Muestran al que agravio casos atroces.
Yo me quiero partir á Barcelona,
Y de allí á Italia, con licencia vuestra.

PRÍNCIPE.
Pues para estar secreto, ¿no me abona
Sino el poder la diligencia nuestra?
Para sólo esconderse tu persona
De la venganza en invenciones diestra,
¿No tendrá Zaragoza mil sagrados?
¿No hay guardas, no hay defensas, no
hay soldados?

DON DIEGO.
No niego que pudiera defenderme;
Pero para mejor asegurarme
Me importa de las lenguas esconderme,
Que pueden con las plumas declarar-
me:

Si me has de hacer merced, si quieres
verme,
Déjame á mi de mi temor guardarme,

PRÍNCIPE.
Que en Zaragoza vivirá escondido
Sin ser de ningún hombre conocido.

PRÍNCIPE.
¿Pues cómo te veré, si ya obligado,
Tu amigo soy?

DON DIEGO.
En este mismo puesto
Todas las noches.

PRÍNCIPE.
Quedo confiado
Que tu palabra cumplirás en esto.

DON DIEGO.
Seguro puedes ir.

PRÍNCIPE.
Llama al criado.

DON DIEGO.
¿Lope? ¿Ha Lope?

LOPE.
¿Qué necio tan molesto
Despierta á los cristianos á esta hora?

DON DIEGO.
Mira que sale ya la blanca aurora.

LOPE.
¿Oh pesia á los poetas que inventaron
Aurora ó calabaza! ¿No pudieran
Pasarse sin su aljófár?

DON DIEGO.
Mira, loco,
Que está su Alteza aquí.

LOPE.
Perdona al sueño,
Que suele ser de los sentidos dueño.

PRÍNCIPE.
Venga conmigo Lope, porque quiero
Que no le falte en Aragon dinero.

DON DIEGO.
Los dos hasta la puerta de palacio
Iremos siempre que á este calle vengas;
Pero pasar de allí, no lo permitas.

PRÍNCIPE.
No sé qué pensamientos solicitas.

LOPE.
Déjame á mi tomar, si tú no quieres.

DON DIEGO.
Deja, Lope, el tomar á las mujeres.

LOPE.
Bien dices, tomaré por tu consejo,
Pues la necesidad está excusada,
Con ser mujer buscona y pedigueña,
Que expuso en escribir y en pedir due-
ña.

Salen DOÑA LEONORA y DON BERNARDO.

LEONORA.
Esta noche no ha venido
El Conde, mi hermano.

DON BERNARDO.
Ha dado

LEONORA.
En celoso y desvelado
De cierto desden perdido.

LEONORA.
No me puedo persuadir
Que mi hermano quiera bien.

DON BERNARDO.
Yo lo pensaba también;
Mas no puedo atribuir
Su inquietud si no es á amor.

LEONORA.
El del Príncipe será.

DON BERNARDO.
Ese bien pagado está
De su privanza y favor.

LEONORA.
¿Y vos soisle muy fiel?

DON BERNARDO.
No sé, Leonora; por Dios,
Querria privar con vos,
Ya que no privo con él.

LEONORA.
Yo estimo, como es razon,
Los amigos de mi hermano.

DON BERNARDO.
No lo diré yo, que en vano
Tuve un tiempo esa opinion.

LEONORA.
El viene.

Sale EL CONDE.

CONDE.
Agora diré
Que amanece, pues aquí
Hallo á Leonora.

DON BERNARDO.
¿Y de mi

CONDE.
No sé,
Mientras que no os hablo aparte;
Pues ya debéis de saber
Que para echarme á perder
Vos solo fuéades parte.

DON BERNARDO.
¿Si vi por la esquina gente,
Qué habia de imaginar?

CONDE.
¿Si yo no os llegaba á hablar,
No fué cosa impertinente
Arrojaros de aquel modo?

DON BERNARDO.
Ya es hecho, ¿qué se perdió?
Demas, que imagino yo
Que fué prevenido todo,
Y que el Príncipe tenia
Criados, y tan honrados,
Que han herido á mis criados;
Pues uno entre ellos venia,
Que desde que yo nací
No he visto mejor espada.

CONDE.
En la ocasion más honrada
Crédito y honor perdi.
Volvamos á hablar, Bernardo,
A Leonora, que no es bien
Que nos entienda; pues quien
Anoche fué tan gallardo
Supo gozar la ocasion.
Pues, Leonora, ¿qué has pensado
De verme tan desvelado?

LEONORA.
Qué ajenos cuidados son;
Y si va á decir verdad,
Ménos dentro te querria,
Que el descanso no se fia
Tal vez de la majestad.

CONDE.
Yo sirvo, y debo servir
Con lealtad.

Sale LISEO.

LISEO.
Aquí ha llegado
Un hombre harto bien tratado,
Y que acaba de venir
De Castilla.

CONDE.
¿Qué me quiere?

LISEO.
Darte una carta.

CONDE.
Entre, pues.

Salen DON DIEGO y LOPE.

DON DIEGO.
Dadme, Señor, vuestros piés.

LOPE.
Aquí será bien que espere.

DON DIEGO.
Del Almirante, Señor,

Es esta carta.

CONDE.
Mostrad.

DON DIEGO.
Yo he venido á esta ciudad
En fe de vuestro favor:
Deme vuestra señoría
Los piés.

CONDE.
No estéis de ese modo.

LOPE. (Ap.)
¿Oh qué bien que se hace todo
Lo que la fortuna guía!

CONDE.
(Lee.) «A don Juan de Guzman, mi
camarero, por no casarse desigual-
mente, le fué forzoso dejar á Casti-
lla. Pidióme esta carta con deseos de
servir á vuesañoría, á quien suplico
honre en su casa con el oficio que fue-
re servido, pagándole á él esta volun-
tad, y á mi la confianza con que se lo
suplico.»

¿Sois vos don Juan de Guzman?

DON DIEGO.
Sí, Señor.

CONDE.
Aquí tendreis
Mi casa, que merecis
Mayores cosas, don Juan,
Por vuestra misma persona,
Sin otro ajeno favor.

DON DIEGO.
No en balde, invicto Señor,
Por luz de aquesta corona
Allá os publica la fama.
Ni quiero yo más honor
Que servir tan gran Señor.

CONDE.
¿Hola! al mayordomo llama,
Y haz que le den aposento
Conforme á su calidad.

DON DIEGO.
Señor, á tanta humildad
Vos le dais merecimiento.

CONDE.
Hermana, yo voy á ver
Si el Príncipe se levanta.

DON DIEGO.
No podré yo merced tanta
En mi vida agradecer,
Ni á mi fortuna ni á vos.
(Vanse el Conde y don Bernardo.)

LOPE.
¿Hizo la carta fingida
Efecto?

DON DIEGO.
De nuestra vida
Está el remedio en los dos.

LEONORA.
¿Don Juan?

DON DIEGO.
¿Señora?

LEONORA.
Escuchad.

DON DIEGO.
¿En la córte habeis vivido?

DON DIEGO.
Allí, Señora, he servido
La flor de mi verde edad,
Aunque sirviendo se goza
Lo poco que ya sabeis.

LEONORA.
¿Quién duda que conoceis
A don Diego de Mendoza,
Un caballero, sobrino
Del duque del Infantado?

DON DIEGO. (Ap.)
Confieso que me he turbado.

LEONORA.
¿Qué estais pensando?

DON DIEGO.
Imagino
La causa por qué quereis
Saber de ese caballero.

LEONORA.
Hay aquí cierto escudero,
Que vos no le conoceis,
Que en Castilla le servía;
Este en cualquiera ocasion
Habla con tanta pasion
De su talle y valentia,
Que al principio me cansaba
Y despues me aficionó.

DON DIEGO.
¿Y está aquí?

LEONORA.
Ya se partió
A una aldea, donde estaba
Por dueño de una heredad
Que mi hermano tiene allí.

DON DIEGO.
¿Oyes esto?

LOPE.
Señor, sí.

LEONORA.
Quiero saber si es verdad
Lo que cuenta de don Diego
Este escudero.

DON DIEGO.
Señora,
A quien preguntais ahora,
Esta de su amor tan ciego,
Que os dirá cosas extrañas;
Pero para que creais
Que á todos cuantos hablais
Os alaban sus hazañas,
Llamad ese criado mio,
Hombre del vulgo, y vereis
Las cosas que del sabeis.

LEONORA.
Aunque de vos las confio,
Holgaré de hablar con él
Para tener más testigos.

DON DIEGO.
¿Nuño?

LOPE.
¿Señor?

DON DIEGO.
Mi Señora
Te quiere hablar.

LOPE.
Ya subimos
Desde el caballo al estrado.

LEONORA.
¿Nuño?

DON DIEGO.
¿Señora?

LEONORA.
Escuchad.

DON DIEGO.
Allí, Señora, he servido
La flor de mi verde edad,
Aunque sirviendo se goza
Lo poco que ya sabeis.

LEONORA.
¿Quién duda que conoceis
A don Diego de Mendoza,
Un caballero, sobrino
Del duque del Infantado?

DON DIEGO. (Ap.)
Confieso que me he turbado.

LEONORA.
¿Qué estais pensando?

DON DIEGO.
Imagino
La causa por qué quereis
Saber de ese caballero.

LEONORA.
Hay aquí cierto escudero,
Que vos no le conoceis,
Que en Castilla le servía;
Este en cualquiera ocasion
Habla con tanta pasion
De su talle y valentia,
Que al principio me cansaba
Y despues me aficionó.

DON DIEGO.
¿Y está aquí?

LEONORA.
Ya se partió
A una aldea, donde estaba
Por dueño de una heredad
Que mi hermano tiene allí.

DON DIEGO.
¿Oyes esto?

LOPE.
Señor, sí.

LEONORA.
Quiero saber si es verdad
Lo que cuenta de don Diego
Este escudero.

DON DIEGO.
Señora,
A quien preguntais ahora,
Esta de su amor tan ciego,
Que os dirá cosas extrañas;
Pero para que creais
Que á todos cuantos hablais
Os alaban sus hazañas,
Llamad ese criado mio,
Hombre del vulgo, y vereis
Las cosas que del sabeis.

LEONORA.
Aunque de vos las confio,
Holgaré de hablar con él
Para tener más testigos.

DON DIEGO.
¿Nuño?

LOPE.
¿Señor?

DON DIEGO.
Mi Señora
Te quiere hablar.

LOPE.
Ya subimos
Desde el caballo al estrado.

LEONORA.
¿Nuño?

LOPE.
En mil siglos
No ha visto el tiempo algun hombre
De más partes: si Narciso,
Como las fábulas dicen,
Se enamoró de sí mismo,
Y en el cristal de tus ojos
Se viera don Diego, digo,
Que fuera verdad y historia,
No porque don Diego es lindo;
Mas porque del pié al cabello
Naturaleza le hizo
Hombre sin defecto alguno;
Sólo dicen que era tibio,
Mujeres que despreciaba.
Esto no puedo decillo.
Porque casos semejantes
No son como otros delitos,
Que aquí verán las preñadas...

LEONORA.
No eres necio.

LOPE.
Há dias que sirvo
Con hambre y necesidad.

LEONORA.
¿Don Juan, tu amo, no es rico
Conforme á su calidad,
Y á las prendas de su oficio?

LOPE.
No, Señora.

LEONORA.
¿Pues por qué
Siendo tú ingenioso y vivo,
No le buscas?

LOPE.
Ya se ofrecen
Algunos mancebos ricos,
Pero más quiero á don Juan
Pobre con tan buen juicio,
Que sufrir un ignorante.
Oye un cuento... Mas ¿qué digo?
Ya se acabaron los cuentos,
Que como algunos divinos
De oír estudios ajenos
Están cansados y ahitos,
No quieren cuentos: ya dicen
Que les den concetos vivos,
Y pásensele por alto
Tantos sutilmente escritos;
Que he visto yo cierta pluma
Borrar lo que está bien dicho,
Temiendo que no ha de ser
De estos sabios entendido.
Verdad es que lo son muchos
Que escuchan agradecidos:
Que como sabios entienden,
Perdonan como benignos,
Defienden como hombres nobles,
Favorecen como amigos,
Disculpan como quien pueden
Error; que todos nacimos

Hombres, y no siempre el hombre
Es tan fénix en su oficio,
Que no pueda errar en algo;
Pues en el cielo empiro
Hubo yerros en criaturas,
Que Dios tan hermosas hizo,
Hasta que los confirmó
En gracia que no tuvimos
Confirmada, los que andamos
En el cielo peregrinos.
Volviendo, en fin, á don Diego
De Mendoza, de él te afirmo
Que no ha nacido en Castilla
Caballero tan bien quisto.
Don Diego no es de los hombres
Que hablando con artificio,
A quien los escuchan matan
Con vocablos exquisitos.
Tiene un claro entendimiento,
Fundado, libre, distinto
Del vulgo, con que á quien habla
Agrada en términos lisos.
Las galas se aprenden de él,
No impropias, porque vestido
Con igualdad, deja al cuerpo
Lugar al honor y al brio.
Tiene en la guerra y la paz,
Señora, tal ejercicio.
Que con las armas es Marte
Y con las galas Narciso.
Puesto á caballo, parece
De los que un tiempo los indios
Pensaron que eran un cuerpo,
Así van los dos unidos.
Dirás que el caballo tiene
Brazos de hombre, y por lo mismo,
Que el hombre piés de caballo,
Que no son cuerpos distintos.
Y así entiende el animal
Quien va en él, que piensa altivo
Que ya es hombre y no caballo
Y ser de un parto nacidos.
¿No has oído que en el cielo
Hay una figura ó signo
Que se llama Sagitario?
Pues es su retrato al vivo.
¡Ay del toro que probar
Su espada atrevida quiso!
La cerviz con cuera de ante
Es como armarse de vidrio.
Pero ¿para qué te canso
Con rudo ingenio atrevido
A las partes de don Diego?
Forme tu ingenio divino
Un hombre en su entendimiento
A prueba de los sentidos,
Que ese es don Diego, y quien es
De tales pinceles digno.

LEONORA.
Más ciegos estais los dos
De la afición de don Diego,
Que quien yo dije. (Ap. Amor ciego,
¿Cómo sois monstruo y sois Dios?
¿Que pueda tanto la fama
De un hombre, y la inclinación
De las estrellas, que son
La mayor fuerza en quien ama?
¿Que quiera lo que no vi,
Y que le pinte de modo
Que le mire el alma todo
Y esté retratado en mí?
¿A quién habrá sucedido
Cosa más noble y extraña?
La imaginación engaña
Al amor, y él al sentido.
Con esto tengo á ventura
Que sirva al conde don Juan,
Que él y Nuño me dirán
Esto que el alma procura.
Con ellos descansaré
De este pensamiento loco.)

LOPE.
¿Señor?
DON DIEGO. (Ap.)
Yo sé poco,
O aquí hay amor.
LOPE.
Y yo sé
Que la fama bachillera,
Que es como los habladores
Que hacen las cosas mayores,
Te ha pintado de manera
Que aquesta mujer te adora.
DON DIEGO.
¿Por cuán extraño camino
Trae á un hombre su destino,
Como á mí me traje ahora!
LOPE.
¿Qué piensas hacer en esto?
DON DIEGO.
Lo que quisieren los hados,
Que no quieren ser osados
En lo que tienen dispuesto.
Ya que vivo en Aragón
Y con el conde de Urgel,
Haré sagrado con él
A tanta persecucion;
Y con Leonora, su hermana,
De doña Ana á la belleza.
LOPE.
¿No hizo naturaleza
Más belleza que en doña Ana?
¿Qué falta á doña Leonor?
DON DIEGO.
Tienes razon; mas si aquí
Soy su criado, ¿de mí
Cómo ha de entender mi amor?
LOPE.
El tiempo te ha de enseñar
El modo que has de entender.
DON DIEGO.
Pues si el tiempo lo ha de hacer,
Demos al tiempo lugar.
LEONORA.
¿Don Juan?
DON DIEGO.
¿Señora?
LEONORA.
Si acaso
Puede tu conocimiento,
Buscando alguna ocasion,
Escribir á este don Diego,
¿No veria yo siquiera
Carta y letra suya?
DON DIEGO.
Tengo
Con él tan grande amistad
Que voy á escribirle luego;
Porque al despedirme de él
Me dijo: «En llegando, os ruego
Que me escribais á Castilla
Vuestra salud y sucesos.»
LEONORA.
Para más seguridad,
Haz que lleve Nuño el pliego,
Que yo le daré en que vaya
Con regalo y con dineros.
LOPE. (Ap.)
¿Qué te dice?
DON DIEGO.
¿Quiéres tú
Que vaya á escribir?
LEONORA.
Deseo...
Si te digo la verdad...
Que los dos...

DON DIEGO.
Prosigue.
LEONORA.
Temo...
DON DIEGO.
Caballero honrado soy.
LEONORA.
Pues porque eres caballero
Te digo, que si por tí
Comunicarnos podemos
Don Diego y yo, serás tú
Mi secretario, y mi pecho
Y el dueño de cuanto soy.
DON DIEGO.
Tú, Señora, eres mi dueño.
LEONORA.
Ve á escribir.
DON DIEGO.
Voy. (Vase.)
LEONORA.
Nuño, escucha.
¿No irás, por servirme en esto,
Con diligencia á Castilla?
LOPE.
Señora, iré tan ligero,
Que parezca que es pesado,
Si corre á mi lado el viento.
Demás, de que ir á Castilla
Es de mi gusto, el provecho
De servirme estimo en tanto,
Que á ser cometa me atrevo
Que encendida en Aragón
Llegue á Castilla tan presto
Que apenas los que caminen
Vean por el aire el fuego.
LEONORA.
¿Ay, qué olvido!
LOPE.
¿Cómo olvido?
LEONORA.
¿No fuera bien que primero
Le preguntara á don Juan
Si está casado don Diego?
LOPE.
¿Pues eso no lo sé yo?
LEONORA.
¿Cómo?
LOPE.
En cierto casamiento
Ha tenido diferencias
Con algunos caballeros,
Y aun creo que á uno hirió.
LEONORA.
¿Luego no se hizo?
LOPE.
Pienso
Que por celos lo ha dejado.
LEONORA.
¿Ay, Nuño, amigo, si hay celos
No puede ser sino amor!
LOPE.
Yo pienso que eran conciertos;
Porque nunca oí decir
Que amase á nadie don Diego.
LEONORA.
¿Por qué?
LOPE.
Porque fué de todas
Tan amado, que sospecho
Que traía en la eleccion
Confuso el entendimiento.
LEONORA.
¿Engañásmeme?
LOPE.
No por Dios.

Sale DON DIEGO.

Ya escribí.
LEONORA.
Lee.
DON DIEGO.
Ya leo.
«Hoy he llegado á Aragón,
»Y hoy, señor don Diego, escribo,
»Que para serviros vivo
»En tanta persecucion.
»La carta del Almirante
»Ha sido tan efectiva,
»Que me holgaré que le escriba
»Otra al Conde, semejante,
»En justo agradecimiento,
»Porque ya en su casa estoy,
»Donde por extremo estoy
»Honrado, alegre y contento.
»Hácame merced su hermana,
»La más hermosa señora
»Que ve el sol en cuánto dora
»Y más divina que humana.
»Por fama, os hace favor,
»Que tiene de vuestros hechos,
»Que vos, en remotos pechos
»Alcazais prendas de amor.
»Escribilda, que me importa
»Que me ayude y favorezca,
»Porque con ella merezca
»Favor mi ventura corta.
»Que por dicha me darán
»Mas bien los reinos extraños.
»Dios os guarde muchos años.
»De Zaragoza, don Juan.»
LEONORA.
Ella está á mi gusto; y tanto,
Que como discreto has hecho
Un traslado de mi pecho.
Nuño, ya te he dicho cuanto
Me importa la brevedad;
Cierra tú, y él se aperciba.
DON DIEGO.
Yo haré que don Diego escriba.
LEONORA.
Si es ciega la voluntad,
Bien se ha probado en mi amor.
Pues quiero lo que no veo. (Vase.)
DON DIEGO.
¿Qué te parece?
LOPE.
Que es tu remedio, Señor.
DON DIEGO.
Tú estarás en mi aposento,
Sólo de noche saldrás.
LOPE.
En fin, ¿tú responderás?
DON DIEGO.
Responder también intento,
Hasta ver en lo que pára.
LOPE.
¿Y si te obliga á escribir
Que vengas aquí?
DON DIEGO.
Venir.
LOPE.
En lo que dices repára.
DON DIEGO.
¿No hay noche?
LOPE.
A su negro coche
Nombre de capa le dan.

DON DIEGO DE NOCHE.

DON DIEGO.
Seré de día, don Juan;
Seré don Diego, de noche.

JORNADA SEGUNDA.

Salen EL PRÍNCIPE Y LUCINDA.

LUCINDA.
¿Cómo se entró vuestra Alteza?
PRÍNCIPE.
Como no hay puerta al poder.
LUCINDA.
¿Violencia se puede hacer
Al honor y á la nobleza?
PRÍNCIPE.
Lucinda, ménos airada,
No te olvides de quien soy.
LUCINDA.
No haré, Señor; pero estoy
Más á mi misma obligada.
Si yo supiera el criado
Que esta noche se atrevió
A meterle aquí...
PRÍNCIPE.
Y si yo
Fuera de tu amor pagado,
No hicieras los desatinos
Que ves: tú la culpa tienes
Que yo intente á tus desdenes
Mil maneras de caminos.
La noche me favorece,
Y tú, que eres sol y día,
Me matas, Lucinda mía.
LUCINDA.
Siempre, Señor, que anochece
Está temblando mi honor
De vuestro grande poder.
PRÍNCIPE.
¿Qué daño te puede hacer
Mezclado con tanto amor?
Ocho días hay, y aun más,
Que no he llegado á tus rejas;
Pues dime, ¿de qué te quejas,
Si de mi poder lo estás?
Sabe Dios cómo he pasado
Estos días que te digo,
Si no es amor buen testigo
De mi celoso cuidado.
Por tí me quieren matar;
Quien te sirve á amor te mueve,
Que quien á su Rey se atreve,
Mucho te debe de amar.
Perdónole, porque creas
Lo que me debes.
LUCINDA.
Señor,
Trata mejor de mi honor
Si hacerme merced deseas,
Que quien no te quiere á tí,
¿A quién tendrá voluntad?
PRÍNCIPE.
Si me dices la verdad,
Cesará mi amor en mí,
Por vida del Rey mi padre,
De casarte con él luego.
LUCINDA.
Señor...
PRÍNCIPE.
Haz lo que te ruego,
Qué no hay medio que me cuadre
Como saber que á otro quieres.
De todo le doy perdon.

LUCINDA.
¿Oh cuánto en crédito son
Desdichadas las mujeres!
Por vida de vuestra Alteza,
Que no me he visto en mi vida
De otra persona querida.

PRÍNCIPE.
¿Pues por qué tanta aspereza?
LUCINDA.
Ya he dicho que por temor;
Que si va á decir verdad,
Le he tenido voluntad
Desde que me tuvo amor.
PRÍNCIPE.
¿Qué escucho? ¿Eres tú, Señora,
Quien eso dice? ¿Soy yo
Quien esto á tu boca oyó?
DON FERNANDO. (Dentro.)
¿Gente en mi casa á tal hora? —
Criados, salir, matadle.
LUCINDA.
Mi padre y su gente.
CRIADOS. (Dentro.)
¡Muera!

Sale DON FERNANDO con una albarda, y tres criados con las espaldas desnudas; y por otra parte DON DIEGO con LOPE.

DON DIEGO.
No pienso esperar afuera
Que no dan voces de balde.
Defendedos, Señor, que aquí
Está don Diego.
LOPE.
Y su sombra.
DON FERNANDO.
Matadle si no se nombra.
PRÍNCIPE.
No hay nombre, desdicha si.
(Acuchillante, y al entrarse cogen por
detrás á Lope.)
CRIADO.
¿Bravo valor!
DON FERNANDO.
Los que entraron
Le han dado la vida.
CRIADO.
¿Tente!
DON FERNANDO.
¿Que esto en mi casa se intente?
LOPE. (Ap.)
En buen puerto me dejaron.
CRIADO 2.º
¡Suelta la espada!
LOPE.
Eso no.
¿Hay aquí algun caballero?
Porque rendirla no quiero
A ménos noble que yo.
DON FERNANDO.
Dámela á mí.
LOPE.
¿Pues quién eres?
DON FERNANDO.
Don Fernando de Aragón.—
¿Estos quién son?
LOPE.
¿Los que son
Saber de mi lengua quieres?
Haz cuenta que del tirano
De Sicilia los tormentos,
Los Perilos y Agrigentos,

Los de Tiberio romano,
Los caballos Diomedeos
Y las penas infernales
Das á mis brazos leales;
Que no podrán tus deseos
Saber quién son, ni acabar
Que á vuestra fuerza me rinda.

Yo lo sabré de Lucinda;
Y mientras la voy á hablar,
Atadle muy bien, que yo
Sabré si podrá el castigo.

Que será imposible os digo,
Porque sabed que me dió
Su dureza la montaña
Donde nació.

Tú dirás

Más que sabes.

De que fué desdicha extraña
El caer en vuestras manos.

El queda atado muy bien.

Cuantos tormentos me den
Han de ser remedios vanos.
Solo estoy; y, en fin, sujeto
Y atado; á cualquier traicion;
¿Qué he de hacer? ¡Brava ocasion
Para decir un soneto!
Pero no, que enfadan ya
A la gente discretera;
Pues ¿qué haré de esta manera?

Sale FLORA.

Atado dicen que está
Uno de aquellos traidores.

¡Ah, Señora! ¡ah, reina mía!
Oye.

¿Quién es?

Quien venia
Por sombra de estos amores;
Cogiéronme y hanme atado.

Pésame, que á mi Señora
Tambien la maltrata agora
Sin razon su padre airado.
Ten fuerte, y no digas que es
El Principe.

¿Luego sabes
Quién es?

Y cosas más graves.

Pues ruégote que me des
Libertad.

Será mi muerte.

¿Pues cómo se ha de saber?

¿Quién eres?
Quien viene de aquesta suerte
Con un Principe?

Es verdad,

Que el Principe no trajera
A su lado, quien no fuera
Persona de calidad.

Llega y hueleme.
No hueles

Muy bien.
Es ventoso el miedo;

Pero asegurarte puedo
Muy bien, si de mi te dueles,
Que me casaré contigo.

¿Qué me dices?

Que morir?
¿No es mejor

¿Habla el temor?

Lo mismo que dices digo;
Pero yo lo juro así,
Y así lo prometo al cielo.

Que me has de engañar receio,
Si no hay calidad en mí;
Aunque te juro que soy
Hidalga, y sobre un hidalgo
Todo viene bien.

De este peligro en que estoy,
Y aqueste rigor amaina,
Seré tuyo.

¿Tu nombre?

El conde de Argeo.

¿A dónde cae?

Junto á Hanaina.

Yo te desato.

Harás bien.

Ya lo estás.
¿Podré salir?

Conmigo puedes venir,
Que yo te abriré también.

De hoy más quiero que te nombres
Mí mujer.

Mi esposo eres.

Siempre han sido las mujeres
El amparo de los hombres.
De ellas, en efecto, nacen,
¿Pues quién las puede argüir,
Pues por sólo por parir
Hacen todo lo que hacen?

Salen EL PRÍNCIPE Y DON DIEGO.

Si de Alejandro la alta monarquía
Heredase, don Diego, y te la diese,
Alguna parte de la deuda mia

Es imposible que pagar pudiese;
Pues cuando el beneficio de este día
En la balanza del amor pusiese,
Con tus hechos de gloria y fama llenos
No dudo que pesase el mundo ménos.
¿Adónde estabas tan á punto cuando
En un peligro tal pudiste verme?
Pues sin duda su gente y don Fernando
Me pudieran matar sin conocerme.
Más, ¿qué te está mi dicha preguntan-
Ni para qué dilato el ofrecermelo,
Mil veces por tu esclavo?

Señor mío,
Las noches que has faltado de esta
Yo he sido centinela en sus umbrales,
Donde apenas he visto reja abierta
Ni sospecha de otro amor señalés.
Mi buena suerte aquesta noche acierta
A verte entrar, y con recelos tales
Puseme cerca y á las voces llevo.

Dame esos brazos otra vez, don Diego,
Y hazme tan grande bien que no dilate
Más tu presencia al día en que te vea,
Pues ya no es tiempo que esconderte
Lo que mi justa obligacion desea.

Aunque con tantas fuerzas me combata
Y ya mi amor en tí la suya emplea,
Lo ha de ser que te niegue lo que pi-
Porque mi bien y mi remedio impides.
Perdona, gran Señor, y ten paciencia
Hasta que de Castilla tenga aviso.

Siente, don Diego, amor tu resisten-
Y estoy entre mil cosas indeciso.
Yo voy haciendo cierta diligencia
En la desdicha que ponerme quiso
Mi fortuna cruel; si presto viene,
Verás con luz quien ya por sol te tiene.

¿Pues dónde estás de día?

En una casa
De posadas estoy, hasta que Febo
En nubes de oro al occidente pása,
Bordando las de allá resplandor nue-
¿Tienes regalo?

Y no de mano escasa,
Que tanto al dueño de la casa debo.
Envidia su ventura.

Y yo enviadía
La mia, si este bien en otro hallára.

Quiero darte una joya que traia
Para Lucinda, aunque es pequeño el
Que veinte mil escudos este día
Pienso que son de tu valor desprecio.

Fuera no la tomar descortesia;
Y en opinion de un rey quedar por ne-
Beso tus piés mil veces.

Si quisieras

Diverso premio de mi amor tuvieras.
¿Qué miras? ¿En qué estás tan diver-
Lope, Señor, es un leal criado,
En la montaña donde yo nacido,
Y ver que no salió me da cuidado.

A desdicha tendré si le han herido,
Y mayor si quien soy ha declarado.

De eso estoy yo seguro, aunque le hi-
Pedazos á tormentos que le dieran;
Y así, Señor, suplico á vuestra Alteza
Me dé licencia que á buscarle vaya,
Que fuera ingratitud á mi nobleza,
Aunque mil suertes de peligros haya.

Es justa obligacion y gentileza;
Mas ya que mi secreto está en la playa,
Será volverle al golfo en que se ane-
Un hombre viene aquí.

Si es solo, llegue.

Sale LOPE.

(Ap. Famosamente escapé,
Por manos de Flora hermosa,
De la prision rigorosa
Donde ser muerto pensé.
Con el Principe se iria
Don Diego. Gente hay aquí,
Esta noche anda tras mí
Suelta la desdicha mia.
Ellos son dos: si me nuestro
Cobarde, me han de matar;
Ahora bien, quiero trazar
Esta pendencia á lo diestro;
Pero valga industria aquí,
Que fué siempre lo mejor.
Estos llegan con rigor
Metiendo mano hácia mí.
El tirar la capa pruebo
Con la izquierda; aquel que encapo,
Como los ojos le tapo,
De una estocada le llevo.
¿Pues cuerpo á cuerpo el que queda,
Quién me le puede quitar?)
¡Ah, hidalgos! ¿podré pasar?
(Ap. Olor hay y cruje á seda.
Consolado estoy; no es gente
De rapis, rapis.) ¿Qué digo?
¿Pasaré?

¿Quién es?

Amigo,
Y si quisiere, pariente.

Pase ó no pase.

¿Pase ó no pase? ¿qué haré?)
Si me dejan, pasaré
Sin hacerles mal ni daño,
Y sino...

¿Qué habeis de hacer?

¿Qué tengo de hacer? volverme.

¿Es Lope?

¿Señor?

Hacerme

No pudo mayor placer
Y lisonja la fortuna.
Mira que está aquí su Alteza.

A los piés de tu grandeza,
Que ya de esta noche es luna,
Está Lope de Vivar.

¡Ay Lope! ¿qué ha sucedido?

A la cama de su olvido
Se quiere entrar á acostar
De la noche, porque el mongil
De bayeta dobla ya,
Y coronando se va
Moncayo de oro y marfil.
Por el camino diré
La ventura que he tenido,
Que he estado preso.

Tu dicha, la mia fué.
Vamos, don Diego.

La vida es poco ofrecerte.

Tragada tuve la muerte;
Mas nunca tuve temor.

Lope, en aqueste bolsillo
Llevas doscientos doblones.

Rindante varias naciones
Tanto metal amarillo,
Que puedas, Señor, dorar
Los muros á Zaragoza.

Lope, quien tal dueño goza,
¿Qué tiene que desear?

Verte en descanso no más.

Declarado se ha conmigo,
Don Bernardo, de este modo.

No es de discretos que todo
Lo sepa el mayor amigo;
Algo se ha de reservar.

Fué forzoso descubrielle
Mí pecho, para pedille
Que me quisiere ayudar.

Nunca con arte pretendas
Del Principe la amistad,
Ni la propia voluntad
Con industria impropia ofendas.
Si tienes estrella, basta
Para merecer su amor,
Que es adúltero el valor
Cuándo la amistad no es casta.

Ya te he dicho que me fué
Forzoso, y que ya está hecho.

Que te ha de dañar sospecho
Si despreciado se ve.

¿Luego no te casarás
Con don Bernardo?

¿Eso dices?

Pues cuenta por infelices
Mis pretensiones de hoy más.

Con mejores pensamientos
Pensé que vuesañoría
Había nacido.

Tus altos merecimientos,
Leonora, para un señor
De Castilla, como sabes;
Pero en negocios tan graves
Está temblando el honor.

Acaso, ó él lo ha fingido;
Pues no habrá, pues no hay ninguno
A quien haga más merced.

Todos los hombres, creed
Esto, sin que falte alguno,
Os perdeis por presuncion:
Pues piensa el más ignorante
Que no tiene semejante
Su ingenio y su discrecion.

Oye el que te aconsejo;
¿El Principe está celoso?

Notablemente.

¿Qué es don Bernardo el que allí
Le desvela codicioso
De casarse con Lucinda.

Yo lo habia imaginado;
Pero púsome en cuidado
Que á tal agravio me rinda.

¿En esa confianza,
No me pide por mujer?
Luego remedio ha de haber
A su perdida esperanza.

¿Pues cómo el Principe puede
Crear que la sirva?

Escucha,

Que si la sospecha es mucha
A toda lealtad excede.
Dí á don Bernardo que importa
Que de noche dé á entender
Que viene á hablarla, y á ver
Si el Principe se reporta
En este amor con los celos;
Y que finja que está hablando
Por las rejas.

Voy pensando
Que no han formado los cie'os
Más ingenioso animal
Que la mujer.

Eso es cierto.

Hoy al Principe le advierto.